

Patria ! te adoro en mi silencio mudo
y temo profanar tu nombre santo ;
por ti he gozado y padecido tanto
como lengua mortal decir no pudo.

No te pido el amparo de tu escudo,
sino la dulce sombra de tu manto ;
quiero en tu seno derramar mi llanto,
vivir, morir en ti, pobre y desnudo.

Ni poder, ni esplendor, ni lozanía
son razones de amar. Otro es el lazo
que nadie, nunca, desatar podría.

Amo yo por instinto tu regazo ;
madre eres tú de la familia mía ;
patria ! de tus entrañas soy pedazo.

M. A. CARO

El alma y el cuerpo del Colegio

(Discurso familiar á los alumnos del Rosario).

Si la abundancia de ideas en la mente y de sentimientos en el corazón fueran lo único necesario para producir una obra de arte por medio de la palabra humana, yo sería á estas horas elocuente. Agópanse, en efecto, aquellas y éstos con grande copia y variedad en ocasión semejante : porque se exalta la gratitud rememorando los beneficios de una educación, distinciones sin cuento recibidas del maestro, quien, extendiendo mano amiga á la juventud anhelosa del saber, sembró con cariñoso esmero semillas capaces de producir mies opima, si cayeran en terreno de más feliz conformación ; halágase el amor propio al considerarse úno miembro de esta grandiosa fábrica intelectual, asociado á los artífices de la obra maestra viviente, por más que no pueda servir en el taller sino apenas para traer los acei-

tes, lavar los pinceles, preparar los lienzos y poner en la paleta los colores; estréchanse los lazos que nos unen á quienes, viviendo y laborando con nosotros, cambiando diariamente finos afectos é identificando aspiraciones, han venido á ser ya parte de nuestra alma; mil recuerdos de la ida juventud, guardados en esta casa como en sagrado mausoleo, acuden en tropel á inundarnos en frescura, como cuando un soplo de la brisa arroja lluvia de flores sobre el árbol solitario; y el espectáculo presente, adulando á un tiempo los ojos, los oídos y las almas, convida también al espíritu á hilar y á tejer meditaciones con que después—él mismo—á la par se asombra y se solaza.

Mas puesto que á todas esas impresiones, que serían como la materia informe, no me es dado infundirles aquel fuego sagrado de Prometeo, que es alma del alma en toda obra de ingenios habré de limitarme á bordar algunas sobre la tela indispensable de la sinceridad, para presentarlas con amor y con respeto al señor Rector, aquí presente; con respeto también y con dulce entusiasmo, á estos jóvenes estudiantes que me escuchan.

Por su aspecto exterior, señores, el acto que estáis celebrando es, sencillamente, una fiesta familiar, alegre y hermosa. El señor Rector, por un toque de fina delicadeza, desprendiéndose en cierto modo del mando durante un día, depone hoy su carácter oficial para quedarse únicamente con los amables atributos de padre y de amigo. Congréganse en torno suyo maestros y alumnos, y acompañanlos ahora los allegados á ellos ó al Colegio por vínculos de la sangre ó de la simpatía, para pasar una hora en grato esparcimiento. Muchos que há tiempo se habían alejado, vuelven hoy á saludar al maestro, á refrescar sus recuerdos de la juventud, á conocer á los nuevos alumnos, y éstos á su vez, contemplan con placer á sus hermanos mayores, que tras larga ausencia y vida laboriosa, han regresado á la capital, á desempeñar negocios importantes, ó altos puestos públicos que les han merecido su ilustración y sus virtudes.

El paraninfo, donde nunca en otra fecha se oye más que la severa disquisición de la verdad científica, deja hoy su austero carácter universitario, para convertirse en teatro de un torneo risueño y elegante; las efigies de ilustres antepasados parecen descansar la mano y la pluma sobre el libro cerrado, para observar complacidos el solaz de la familia; las novísimas ampollas de Edison, sustituyen á la modesta bujía tradicional, para esplender soberbiamente sobre aqueste jardín de humanas flores, haciendo el triunfo de la belleza, en perfiles con que pudiera Fidias modelar á Citerea, y en ojos que otras mil veces hicieran caer de la mano el pincel del grande Apeles; á intervalos pueblan el aire raudales de notas y armonías, infiltrando en todos los pechos la frase divina en que exhalaron su espíritu maestros eximios del arte.

Y de este fragmento délfico, de este fondo magnífico, se destacan los oradores y los poetas para proclamar ideas y afectos exquisitos, presentándonos el corazón humano, la naturaleza y sus modificaciones al través del espejo mágico de sus almas ideales.

Y se pone la vida interior en movimiento. Bullen en la memoria los recuerdos de otras parecidas emociones; apriétanse los lazos del compañerismo y la amistad; nacen en el pecho aspiraciones y esperanzas; crecen el respeto y la admiración á la virtud y al talento; el amor de la ciencia, de lo noble y elevado se enardece; anhelos de la gloria se despiertan; se avivan, en suma, todos los resortes de la voluntad, al respiro de esta como sutil fragancia que impregna el ambiente, producida por el aleteo de algo que va de entendimiento á entendimiento y de corazón á corazón, y que revela una rica exuberancia de vitalidad espiritual.

Festival hermoso, este inolvidable, que bajo tonos suaves y en conveniente proporción, hermana la ofrenda de cariño al maestro, el culto del arte, la elevación del espíritu, y el esparcimiento del corazón con las personas que de alguna manera nos atraen. Empero, lo que estamos pre-

senciando no es todavía sino el cuerpo; detrás de él se oculta el alma, que, si menos aparente, le es superior en trascendencia y calidad. Contemplémosla.

Bien sabemos que el presente año no es la primera ocasión en que se celebra esta velada; que otras veinte la han precedido, proyectando cada una sobre las siguientes, y todas sobre esta última, una mole de autoridad y de esplendor, de virtud imponderable. En este acto habla, pues, no sólo la presente, sino la juventud que durante veintiún años ha pasado por las aulas.

Pero además, el Colegio del Rosario es un compendio de la República, y en veces su representante más genuino. Porque en él se hallan siempre jóvenes de todas partes, que representan el pensar y el querer de sus padres y familias; porque aquí profesan maestros de las diversas regiones del país, aportando las ideas que por allá prevalecen; porque teniendo el Colegio escuelas de varias facultades, es aquí donde se enseña el mayor número de ramas de las ciencias principales; y, finalmente, porque si la patria es algo histórico, glorioso y permanente, en ningún otro lugar se encontrarían mejor encarnados esos atributos de la patria.

Por manera que este acto lleva dentro de sí los ecos de la patria en veintiún años; y aquella voz inmensa de homenaje á un varón ilustre, implica necesariamente el aplauso de su obra; luego ese aplauso es una victoria de la civilización. Porque ¿cuál es esa obra?...

Para restaurar la literatura, levantar el estudio de las ciencias informándolas en criterios propios y seguros, y para librar á la juventud del abatimiento del carácter, se hacía necesario emancipar el Colegio de influencias extrañas á la voluntad expresa del Fundador, de los caprichos de la política, para que se conservara la genuina enseñanza de las aulas, y para que las Constituciones recobraran su imperio; y en seguida, una vez libre el instituto para moverse con

impulso y sobre rieles propios, levantar los estudios del bachillerato, abatidos entonces al nivel de cualquier liceo; fundar enseñanza de las lenguas clásicas, que disciplinando la inteligencia, la adaptan á estudios elevados, y señaladamente á la filosofía metódica y espiritualista, de la que son ellas además el vehículo más excelente; abrir las cátedras de *metafísica*, é *historia comparada de las escuelas filosóficas*, clases hasta entonces desconocidas en los centros laicos de enseñanza, y crear la *didáctica universitaria*. En suma, restaurar la filosofía.

Obra de esfuerzo y de combate había de ser ésta, porque se estrellaba contra los prejuicios de la juventud, encariñada ya con el programa de un bachillerato casi industrial, y contra el positivismo de los que creen que la filosofía es asunto de fabricarse con la divisa de un rótulo; porque iba contra la pereza de los que piensan que se improvisa un sabio á la carta, y contra los partidarios del *socialismo del Estado*, que sostenían que los gobiernos tienen misión docente por derecho propio, para mandar dentro de los colegios, para discutir las ciencias, y por consiguiente para decidir las cuestiones disputables en los problemas científicos.

Para llevar á feliz término esta obra necesitó su autor publicar libros de polémica y crítica, que abrieran camino á las inteligencias por el atractivo de la forma artística; escribir textos de enseñanza, cuando no eran adaptables los que había; formar profesores de ciencias que por primera vez iban á enseñarse; convencer á los jóvenes y á los viejos, siendo algunas veces piedras de contradicción entre los mismos amigos; robustecer la escasa fe de los neófitos por la persuasión y por el ejemplo.

Y todo esto sin tomar descanso en la lid eterna contra el enemigo común, es decir, contra las diversas escuelas derivadas del materialismo, que también se apellidaban filosofías; lid que se libraba cotidianamente en la cátedra y en la prensa.

Ah! Cuántas faenas, cuántas luchas prolongadas, cuántos desvelos, cuántas adversidades nutridas de desengaños, que al fin desgranán aljófar sobre las cabezas más vigorosas y valientes! Empero, gracias á la bondad divina, el vencedor puede á esta hora decir como el poeta castellano:

Fue nuestra vida atormentada y triste,
Amargo el pan, y la labor penosa:
Pero el templo que alzamos, aún subsiste.

También se llevó á cabo el restablecimiento de la facultad de jurisprudencia, la construcción de edificios nuevos, la reparación y ornato de los antiguos, y otras mejoras; lo que era consecuencia indispensable, toda vez que conforme se desarrolla el alma, ha de desarrollarse el cuerpo destinado á contenerla. Pero todas estas obras palidecen ante la restauración de los estudios clásicos y de la filosofía espiritualista.

Porque la causa de esta filosofía, que es madre de la civilización, es causa universal. Para defenderla se combatió en Salamina y en Maratón, y si triunfaran Jerjes ó Darío, se habría barbarizado Grecia por entonces, y con ella el Occidente todo. Para defenderla se combatió en Lepanto y en Covadonga, en Constantinopla y en Las Navas. Por ella y para ella se formaron los sabios y se crearon los órdenes religiosas militares; para esa causa ideó la imprenta Gutenberg; para ella duplicó el mundo Cristóbal Colón, Franklin aprisionó el rayo, hizo el telégrafo Morse, trabajaron Herschell, Pasteur y Curie, y trabajan millaradas de sabios hoy en día.

Para esa causa se fundó este Colegio; para ella se han restaurado y enaltecido ahora sus estudios; y para ella se están educando los jóvenes presentes.

De modo que esta ovación es como una jura de bandera, en que cada año se promete combatir, no importa bajo qué nombre, si llega el caso; contra el materialismo, por la filosofía; contra la materia, por el espíritu; contra los sen-

tidos, por la idea. Culminando tal promesa en aquel cuarto voto que juraban por la cruz de sus espadas los caballeros de Malta: de nunca contar el número de los enemigos, ni volverles la espalda nunca.

Doctor Carrasquilla:

Allá, desde la región arcana de los ya inmortales, Aristóteles contempla con gozo vuestras pacientes fatigas para divulgar su diáfana filosofía; asiente á vuestras enseñanzas Tomás de Aquino, que levantó sobre aquella filosofía, acendrándola en el crisol de la cruz, el monumento eterno de las ciencias humanas y divinas; bendíceos complacido Fray Cristóbal de Torres, que fundó este Instituto para extender entre laicos la sabiduría por la crítica y los métodos de aquel doctor incontrastable; y la legión de hombres ilustres que os precedió en el rectorado, observa con satisfacción que no habéis desafinado un punto de los timbres preclaros de la dinastía.

Y aquí abajo millares de discípulos os saludan hoy de todas partes; todos los hombres de saber se ponen de pie para admirar vuestra obra civilizadora; y la patria, con majestuoso laconismo, os dice: "está bien." Más adelante será más expresiva, y entonará sus congratulaciones en diapason siempre creciente. Porque cuando al volver de un siglo enseñoreen las aulas de cien universidades las ciencias más modernas y la más pura filosofía; cuando no constituya un ejemplo raro, la moral más elevada en lo privado y en lo público; cuando no sean un secreto de esotéricos los libros maravillosos de la sabia antigüedad, cuando el sol de Atenas dore con su luz adamantina las inspiraciones de la juventud: esa es vuestra palabra, señor, viva, fecunda, palpitante.... ¿Cómo? No de otra suerte el Colegio del Rosario, con todos sus adelantos, sus edificios, su preciosa biblioteca, sus obras de arte, su santuario primoroso, sus gabinetes, sus profesores, sus alumnos, sus ciencias, sus glorias todas, no es otra cosa que una palabra de Fray Cristóbal, lanzada al espacio, y perpetuada en los siglos.

Algunas para vosotros, discípulos y compañeros, amados tan de veras: al concluir el estudio vosotros no os iréis del todo de esta vuestra *alma mater*. Vuestro nombre será guardado por muchos labios y muchos corazones; los ecos de vuestra voz se quedan divagando por los ámbitos de esta casa; los rayos de vuestras miradas, en las paredes, los arcos, las columnas. Algo de vuestro sér dejáis aquí por todas partes: vuestro espíritu, con inquietud de mariposa, os ha llevado sin sosiego á los patios y á las galerías, á las aulas y á los salones; al *locus sanctus*, donde al alba y á la tarde, postrados ante el ara habéis repartido tantas veces: para la Bordadita, los ojos suplicantes; las esperanzas para el futuro recóndito, las memorias, para el pasado siempre bello, los besos del alma, para la madre ausente, los pensamientos para Dios.

Mañana, cuando sobrevengan las sequías del verano; cuando el dolor, herencia humana, haya cometido crueldades en vuestro corazón; cuando, despojado de las ilusiones "que le vistieron de verdor un día," se torne acaso el pensamiento en corona de espinas para el alma; entonces muchas ocasiones volveréis en alas del recuerdo á buscaros á vosotros mismos en el claustro mil veces bendecido. Pues, para entonces, ved mi voto más ardiente: que el hombre encuentre al niño, y que el niño reconozca al hombre; que ese hombre haga honor á este niño, y que este niño honre desde ahora á ese hombre.

Yo por mi parte, sin antes llegar apenas al cenit de una modesta existencia, ya soy precipitado en un occidente prematuro; pero caigo "sin una lágrima en los ojos," y antes bien, entonando con alegría los himnos de la vida; porque ya llegan á bañar mi faz los resplandores de vuestro oriente.

Allá os veo surgir como legión de soles, coronados con las rosas de la juventud, y llevando en cada diestra la antorcha de la ciencia cristiana, con que ilumináis nuestros vastos horizontes. Y antes de que hunda mi frente en las

oscuridades del olvido, saludo triunfalmente vuestra ascensión por el cielo colombiano.

¡Salve, juventud del Rosario, que de modo tan decoroso representas á la juventud de la patria! Salve!

ENRIQUE MONSALVE

Octubre 23 de 1911.

La educación católica

CIRCULAR

República de Colombia—Ministerio de Instrucción Pública
Sección 1.^a—Número 186—Bogotá, Febrero 1.^o de 1912

Señores Gobernadores de los Departamentos, Rectores de las Facultades Universitarias, Directores Generales é Inspectores de Instrucción Pública y Directores de Institutos oficiales

Entre las disposiciones más importantes relativas á la instrucción pública han de enumerarse el artículo 41 de la Constitución nacional; los artículos 12, 13 y 14 del concordato entre la república y la Santa Sede, aprobado por la Ley 35 de 1888; algunos artículos de la Ley 89 del mismo año, y varios actos ejecutivos de carácter reglamentario referentes á la materia de los referidos estatutos.

Las disposiciones citadas establecen que la educación pública, esto es, la labor oficial del gobierno, enderezada á formar la niñez y la juventud en las virtudes y en los conocimientos necesarios, tiene que dirigirse en armonía con la religión de la nación colombiana, forma esencial del cristianismo, el cual es el distintivo internacional de los Estados civilizados.

Esa armonía resulta de un hecho positivo y de uno negativo.

El primero consiste en que todas las materias que se relacionan esencialmente con la doctrina cristiana, han de enseñarse de acuerdo con ella. De este número son las